

**La fuerza del hombre**

**Óscar Liera**

Consultorio médico.

LA FUERZA DEL HOMBRE

Personajes

EL DOCTOR GUTIÉRREZ (no aparece) LA ENFERMERA

LA PACIENTE

LA MAMÁ DEL DOCTOR

EL PACIENTE EL VENDEDOR ALGUIEN...

LA ENFERMERA: (A la paciente.) ¿También usted es la primera vez que viene?

LA PACIENTE: Sí señorita.

LA ENFERMERA: ¿Quiere darme sus datos por favor?

LA PACIENTE: Sí señorita cómo no.

LA ENFERMERA: Escriba aquí: nombre, domicilio y edad.

EL PACIENTE: Ya terminé, aquí están mis datos.

LA ENFERMERA: Bueno, un momentito, cuando el doctor se desocupe

usted sigue.

EL PACIENTE: Gracias.

LA MAMÁ: (A la paciente.) Ay señora, permítame cortarle esa hebra de hilo que le cuelga.

LA PACIENTE: Muchas gracias.

LA MAMÁ: Es muy bonita la tela de su vestido, ¿dónde la compró?

LA PACIENTE: En los Almacenes Gloria.

LA MAMÁ: (A la enfermera.) Ay mira tú muchacha, apunta ese nombre y que te diga a dónde derecho queda para que me lleve mi hijo o que me lleves tú, porque quiero comprar una tela de esas para llevarle a la Armida Lafarga.

LA ENFERMERA: Ya conozco esa tienda.

LA MAMÁ: (A la paciente.) Soy la mamá del doctor.

LA PACIENTE: Ay señora pues mucho gusto.

LA MAMÁ: (A la paciente.) Usted no es de aquí, ¿verdad doñita?

LA PACIENTE: No, ¿se me nota?

LA MAMÁ: Claro, usted debe ser nortea; de Chihuahua o Nuevo León.

LA PACIENTE: Soy de Chihuahua.

LA MAMÁ: Ya ve, pues somos vecinas; yo soy de Sinaloa, también mi hijo el doctor. Vine a pasar unos diyitas aquí a la capital para estar con mi hijo, el doctor, pero yo me enfado mucho en esta ciudad. No conozco a nadie, ni a los que viven junto al departamento de mi hijo. Yo no sé cómo le gusta a mi hijo estar aquí; ya terminó el estudio. Ay, la gente de aquí es muy cerrada ¿verdad?, como muy orgullosa, atufados, yo creo que es por tanta altura ¿verdad? Aquí la señorita enfermera es de Tabasco, costeña también y alegre, por eso es que me vengo para acá a platicar con ella. (Al paciente.) Espero que usted no se moleste si por si acaso es deste... ¿cómo les dicen?, chilango.

EL PACIENTE: No se apure, yo soy de Saltillo.

LA MAMÁ: Ay pues qué bueno. Así podemos hablar con tranquilidad.

EL PACIENTE: (A la enfermera.) ¿Tardará mucho el doctor, señorita?

LA ENFERMERA: No, creo que las personas que están dentro sólo vinieron a un chequeo preoperatorio.

LA MAMÁ: Ay, pobre la viejita esa, ¿verdad? (A la paciente.) ¿Usted no

la vio entrar?

LA PACIENTE: No, cuando llegué ya estaba ocupado el doctor.

LA MAMÁ: Ay pues tiene quién sabe qué bocio en el cuello, y mire doñita le cuelga una papadona como de medio metro. Creo que mi hijo la va a operar. Ay, Dios no me castigue, pero yo creo que esa mujer era mala, o a lo mejor eso es obra de brujería. Mire nomás doñita, así de grande el recaudo que le cuelga. Para mí que está embrujada, y eso se le podría quitar muy fácil; nomás que ella tiene que matar un tecolote y sacarle la sangre y luego que se la unten en el bocio ese y que le soben con la panza de un sapo, y para que no se atlinque le tienen que dar un tecito de ruda con hojas de pantera. Pero mire, gustarle a la viejita que la jurguneen los médicos. Yo no me dejo, ni aunque sea mi hijo; qué papateodoro o de esos nicolases, ni qué exploraciones, ni nada. Todos mis hijos nacieron de parto natural, pero con una partera. Yo sí me cuido mucho de todo eso; mire doñita, hace tiempo tenía una úlcera y me la curé con puro cuachalalá, y no me dejé ni tocar la panza siquiera. Mientras que mi marido quién sabe qué masajes se dejó dar cuando

estaba enfermo de la próstata. LA PACIENTE: Ay sí, a mí me da mucha pena pero ni modo, los médicos tienen a veces que ver a una pues hasta como Dios la echó al mundo. Ahorita con esa dolencia que tengo aquí, mire, por aquí y aquí en los riñones, ay, es un dolor que me pega y me sube por toda la espalda y a veces no puedo estar ni parada ni acostada ni sentada ni de ningún modo.

LA MAMÁ: Igualito sentía yo, igualito. Y mire doñita, se me quitó rápido con unas jamaqueadas que me dio mi marido con cáscara de limón real, cocidas con fuerza del hombre y aceite quemado. A los tres días de que se están dando estas jamaqueadas, se orina en una jarrilla y se hierven los orines con hojitas de laurel, frescas las hojitas. Todo eso tiene que hacerse con la luna tierna. Luego los deja una noche que les dé el sereno, y al día siguiente, pa' dentro; se los toma. Esto se hace tres veces, cada vez que cambie la luna, y santo remedio.

LA PACIENTE: Ay, pero tomarse los orines...

LA MAMÁ: Qué tiene, son de una misma, qué asco le puede tener, además ni saben a nada.

LA PACIENTE: ¿Y las cáscaras de limón deben estar frescas o secas?

LA MAMÁ: No, no, fresquitas, fresquitas, fresquitas.

LA PACIENTE: ¿Cuántos limones?

EL VENDEDOR: (Entra al consultorio.) Buenos días, disculpe señorita, ¿está el doctor...Gutiérrez, verdad?

LA ENFERMERA: Sí, está ocupado, ¿gusta esperar? (Asiente con la cabeza y toma asiento.)

LA MAMÁ: (Que no ha dejado de escrutar al vendedor, dice a la paciente.) Pues con unos veinte. ¡Ah!, y si le pone grasa de carnero es mejor porque así la manteca se agarra del pellejo. Que la sobe su marido o una mujer que tenga fuerza; allí donde tiene el dolor, y duerma con una almohada debajo de la cintura. ¿Tiene marido?

LA PACIENTE: Sí.

LA MAMÁ: Bueno, pues mientras esté dentro de los días de la curación; tres para la jamaqueada, uno para orinar, otro para tomar la pócima y tres más de dieta duerma usted sola, ¿me entiende lo que le quiero decir?

LA PACIENTE: Ay, mi marido ya ni se acuerda de mí. Por eso ni se apure.

LA MAMÁ: Pues si lo quiere volver a tener es muy fácil: córtese las uñas y quémelas muy bien hasta que se hagan como un carboncito, eso muélalo muy bien con los dedos y échesele al café y de mí se va a acordar. Lo mejor, no hay otra cosa mejor, ni la famosa mostaza en granos que le echan a los zapatos del marido es tan buena como eso. Cada quince días, más seguido hacen mal, cada quince días doñita y verá qué bien va a laborear.

LA PACIENTE: Ay señora, muchas gracias, voy a seguir sus consejos. En cuanto haga la primera toma comienzo a darle uñas a mi marido.

LA MAMÁ: Santo remedio, ya lo verá, santo remedio.

LA PACIENTE: (A la enfermera.) Ay señorita, pues cancele mi cita con el doctor, voy a hacerle caso a la señora. (A la mamá.) Muchas gracias señora, ¿cuánto le debo?

LA MAMÁ: Ay mira nomás, no faltaba más que te fuera a cobrar. No m' hijita, no es nada.



LA PACIENTE: ¿Y dónde puedo comprar las cosas?

LA MAMÁ: De eso sí no sé nada, porque de aquí no conozco más que la villita y el Chapultepec mentado, y nomás, ay tú y la catedral.

EL PACIENTE: Creo que en la Merced hay puestos donde venden hierbas y oraciones. LA MAMÁ: Eso sí m' hijita, no reces nada, ni una oracioncita porque yo ya me di cuenta de que eso no sirve para nada.

EL PACIENTE: Oiga señora; fíjese que yo, a veces, tengo torzones que casi se me saltan los ojos y nada.

LA MAMÁ: ¡Ay! y para que veas. Es cierto que las oraciones no sirven, pero hay un santo muy milagroso que se llama San Martín de Porres y que es muy bueno para esas cosas. Mira m' hijito; un día yo estuve muy mala de unos torzones así como tú dices y tomé las cáscaras de plátano con una gotita de candelilla en té, y nada, y luego tomé las ciruelas hervidas con aguamas y nada, entonces desesperada agarré la estampita de San Martín y me la llevé al baño y allí me la pasé por el estómago, y por acá, y por allá, y ayúdame negrito, y ayúdame querido de tu madre, y mira, como si hubiera obrado el milagro; al momento pude y me alivié

de inmediato. Me alivié. La Elodia, como ya no cree en los santos desde que le mataron los policías a su marido, dijo que había sido por el té de nuez moscada con naranja ácida que ella me había preparado en la mañana. Y mira, lástima que ya no tenga el santito ese, si no, lo mandaba pedir para regalártelo. Pero después supe que lo que es muy bueno para eso es la leche de chiva hervida con azúcar y limón.

EL PACIENTE: Oiga, ¿y qué es bueno para la diabetes?

LA MAMÁ: El apomo m' hijito; no hay como las cáscaras de apomo. Se toma todos los días en ayunas. ¿Tú tienes diabetes?

EL PACIENTE: No, pero un tío mío, y se ha curado mucho...pero no se alivia.

LA MAMÁ: Pues dile eso, dile que tome las cáscaras de apomo, que te lo dijo la mamá del doctor Gutiérrez.

LA PACIENTE: Ay señora cómo sabe cosas, debería enseñarle todo eso a su hijo, porque mire: no hay como las curaciones con hierbas. Bueno, ya me voy. Señora no sabe cuánto le agradezco. (A la enfermera.)

Gracias señorita. (Sale.)

EL PACIENTE: Pues mire, yo lo que tengo es pinolillo y tos nochera. Ya me han recetado quién sabe cuántos jarabes pero no se me quita.

LA MAMÁ: ¿Fumas?

EL PACIENTE: Ya no.

LA MAMÁ: ¿Cuánto tiempo hace que dejaste de fumar?

EL PACIENTE: Ya va para los cuatro meses.

LA MAMÁ: Pues mira, todas las noches tómate un vaso de leche con seis o siete cucharadas de miel de enjambre. La leche tiene que estar casi hirviendo. Tómatela lo más caliente que puedas y a traguitos. Luego haces un menjurje de glicerina, azufre y alcohol y te lo untas por fuera en el buchi, santo remedio. En la mañana no te bañes, sino hasta la noche antes de la friega; ¡ah! ponle a la leche unas gotitas de limón.

EL VENDEDOR: Señorita, si el doctor va a tardar mucho me doy una vuelta más tarde. LA ENFERMERA: No, no, ya no tarda nada. Usted sigue del señor. (Señala al paciente.) EL PACIENTE: No, no. Siempre no voy a ver al doctor, mejor voy a hacer la receta que me dio la señora.

(A la mamá.) No me ha dicho en qué cantidades tengo que hacer el menjurje que me voy a untar.

Suena el teléfono.

LA ENFERMERA: (Contestando.) Consultorio del doctor Gutiérrez.

LA MAMÁ: Mira, para tres sobrecitos de azufre son tres cucharadas soperas de...

LA ENFERMERA: (Al teléfono.) Sí, cómo no, ahorita se la paso. Un momentito por favor. (A la mamá.) Señora le hablan por teléfono.

LA MAMÁ: (Al paciente.) Discúlpeme un momentito por favor. (Al teléfono.) Bueno, sí, sí, cómo no, claro que ya sé quién. Sí, sí, entonces lo que se te olvidó es la fuerza del hombre, el aceite quemado y grasa de carnero. De nada, de nada. Sí, sí, sí ¿y qué tiene? Sí. ¿Cuántos años tiene? Ah pues está muy chiquito para que le des el palo blanco en vino de ayale, no, no. Es que no le has de haber dicho la edad que tiene el niño. No, no, mira dale la tumbacasa cocida con mucha azúcar de la negrita eh, no le vayas a dar azúcar refinada porque no es buena para

remedios. Haces el cocimiento, no, no, los bracitos, arrancas bien las hojas porque amargan. Bueno pues haces el cocimiento y lo dejas que le pegue el sol tres días y se lo comienzas a dar con una cucharadita de café, una antes y otra después de cada comida. Sí, qué bueno que estás apuntando. Sí, sí, pues eso sí que no sé, ¿tu mamá? No pues tendría que verla. Sí, por mí sí; claro, me la puedes traer al consultorio. Bueno sí, mañana; tráela arropada con una cobija. Bueno dile que yo también la saludo y que ya mañana nos conoceremos personalmente. Ándale, ándale, no hay de qué, sí, sí, adiós. (Colgando. Al paciente.) Bueno, pues mira: amasas bien todo eso y lo echas en un pomo y lo tapas. Cuando te lo vayas a poner sacas un poco y le echas un chorro de alcohol y te lo enjarras bien.

EL PACIENTE: Señora, pues muchas gracias, voy a seguir al pie de la letra sus consejos y le voy a decir a mi tío que comience a tomar las cáscaras de apomo. Gracias. (A la enfermera.) Hasta luego señorita, gracias.

LA MAMÁ: Ándale m' hijito, que te vaya muy bien. (Al vendedor.)

¿Usted también viene a consulta?

EL VENDEDOR: No señora, soy representante de los laboratorios Esculapius de México, somos fabricantes de las mejores medicinas de patentes nacionales y extranjeras. Por cierto que estoy admirado con todo lo que usted sabe de remedios caseros; que dicen que son los mejores.

LA MAMÁ: Los mejores, sí señor. Soy hija de hierbero, y no me apena, a mi hijo, el doctor...soy la mamá del doctor Gutiérrez, no le gusta que lo diga y mire usted, todo lo curan las hierbas, hasta la mala suerte.

EL VENDEDOR: Ahora hay medicinas excelentes; casualmente traigo aquí un gran descubrimiento. Ha aparecido una medicina que cura la artritis, se trata de la heptaciliurilinatrín trescientos diecisiete. Ha sido descubierta en un laboratorio de Los Ángeles California, entró al mercado hace apenas dos meses y ya está en México. LA MAMÁ: Pues mire usted, cómo andan de retrasaditos los güeros de plástico, porque los

indios de mi tierra desde cuándo que curan eso con ajo y flores de cempasúchil.

EL VENDEDOR: ¡Ah, eso debe ser! Con razón ahora todos los días llegan al laboratorio las carretadas de flores de éstas, en los escritorios siempre hay un florero lleno y las secretarias están obligadas a llevar una flor en la cabeza.

LA MAMÁ: Ya lo ve, no hay nada nuevo bajo el sol. Y usted, en lugar de andar vendiendo esos venenos embotellados, debería de poner un puesto de hierbero por aquí cerca, para que yo le mande a mis pacientes; así yo puedo venir todos los días al consultorio y no me enfado sola en la casa, todo el día trepada allá en el sexto piso sin saber qué hacer.

EL VENDEDOR: No creo que pueda hacer eso, porque yo no nací para jefe; siempre me lo dijo mi madre. Pero sí, ya no quiero seguir trabajando para los laboratorios, porque hay muchas sinvergüenzadas en eso de las medicinas. Y la verdad, la verdad ya me estaba hartando. A mí me gusta cambiar de trabajo seguido porque así aprendo muchas cosas.

Nomás que en todas partes hay sinvergüenzadas, señora. (A la enfermera.) Señorita, por favor no me anuncie con el doctor, gracias y buenos días. (Sale.)

LA ENFERMERA: Ay, señora, pues a mí me da mucha pena, pero fíjese que tengo un fuerte dolor de cabeza desde hace días y no se me ha quitado con ningún analgésico. ¿Qué podría tomar?

LA MAMÁ: Ay m' hijita, nada más fácil: se ponen dos garbanzos mojados de alcohol en los oídos y se da un masaje en la cabeza. Anda, ve a comprar los garbanzos y yo te doy el masaje.

LA ENFERMERA: Bueno, ahorita vengo. (Sale. Entra alguien que no habla.)

LA MAMÁ: ¿Qué desea? ¿Viene a ver al doctor? (el tipo le hace señas de que no puede hablar.) ¡Ah! No puede hablar... (Le dice, mientras trata de hacerle entender también con las manos.) Claro, no habla; pues mire, lo que seguramente tiene es una obstrucción en la garganta y eso se le puede quitar con un cocimiento de pitayas, biznaga, raíz de cardón y



miel de caña; todo se pone a cocer con fuego lento, hasta que haya espesado muy bien, entonces toma usted...

El telón se ha venido cerrando antes de que Prudencia del Socorro Márquez de Gutiérrez sepa que el sordomudo que acaba de llegar había salido de un cuento de Armando Guerra y que no era riesgoso imaginar que lo había contratado la CIA para proteger a los laboratorios gringos.

1977